

tablado de la publicidad, más que como guías o intérpretes de un profundo malestar colectivo. Alomar es de los pocos que no flaquean ni se extravían, siempre uno mismo y siempre nuevo; político sin mezquinas ambiciones, hombre público sin histrionismo, docto sin pedantería, demócrata sin plebeyez, aristócrata o aristárquico, como él dice, sin pueril soberbia, religioso sin fe del carbonero, artista sin torre de marfil, más revolucionario en el espíritu que en la letra, muy español y muy universal; en una palabra: el ciudadano perfecto, hombre de ágora y de academia, de acción y de pensamiento, juez siempre justo en cuestiones de Derecho y siempre comprensivo en asuntos de belleza. Nada humano le es extraño: admirable fusión de un intelecto poderoso y un sentimiento hiperdelicado.

Costa tenía algo de los profetas bíblicos: desmesurado, épico, atronador y, en el fondo, algo campesino—con su política de calzón corto,—muy hombre de la tierra. Alomar es idealmente ciudadano de Atenas, de Roma, de la ciudad, como tipo de civilización. Costa era realista: escuela y despensa, cultura y economía, relación del hombre con las cosas intelectuales y materiales. Alomar, idealista: se afana por elevar la vida a rango civilizado, por dignificar las relaciones del hombre con el hombre. Costa es inolvidable. Alomar, imprescindible. Seguimos, desde lejos, a Costa; convivimos, en una misma *Polis* imaginaria, con Alomar. Hombre de montaña, de tierra adentro, el uno; hombre del mar, isleño, el otro. Y nos integramos en ambos.

Me placería glosar algunos de los capítulos e ideas de *La política idealista*; pero dos consideraciones me detienen: una, que no podría hacerlo en las actuales circunstancias, marcadamente si quisiera comentar algunas de las partes ahora más sugestivas del libro, como la tercera y la sexta; y otra, que al que esto escribe le parecería glosarse asimismo, pues, salvo muy secundarios detalles de matiz y modalidades de forma, en que Alomar es incomparable, por la gracia y densidad de su estilo, a un mismo tiempo color y línea, música y concepto, con poquísimos escritores españoles contemporáneos, su temperamento y sus concepciones políticas son tan afines como con Alomar. Hay escritores que uno va dejando de leer, porque ni su pensamiento ni su expresión añaden ya nada de nuevo a lo conocido; otros, que se leen aún como reactivos, como seguros y de antemano sabidos excitantes de oposición y autodefinition, ya en la idea, ya en la forma; y otros, en fin, los más dilectos, que se leen porque uno está cierto de que siempre



GABRIEL ALOMAR

(Por BAGARÍA)

dirán bella y precisamente, lo que todavía flota obscuro e informe, ávido de luz y contorno, en nuestra conciencia. De este último linaje es, para este lector, Gabriel Alomar: un espíritu fraterno, que se adelanta en penetración y claridad.

Reputo a Alomar como uno de los valores más altos de la mentalidad española contemporánea por su sensibilidad proteiforme, por su amplio y profundo neohumanismo, por su agudo conocimiento de todas las disciplinas intelectuales y por su idealidad desbordante sin ninguna limitación egoísta. Y, sin embargo, muchos tenemos la sospecha, y algunos deben sentir el remordimiento, de que en la ciudadanía intelectual de España se considere a este hombre exquisito e insigne como algo forastero. Imperdonable injusticia. Pero tiene el fenómeno más de una explicación, todas honrosas para él. Vive lejos de la corte, donde las lonjas de valoración se guían mucho por la *presencia*, por la corporeidad física, por la irradiación personal inmediata: régimen de zoco literario y político. No interviene, por lo tanto, en

las disputas diarias de la moda, que él seguramente desdeña: «la moda, eterna diosa de los incapaces de originalidad», dice en su libro. No forma parte de grupos ni busca un puesto al sol de la clasificación por generaciones; no sabemos si está dentro o fuera de esa pintoresca fecha del 98 o de alguna otra fijada con cómica exactitud cronológica.

Está sólo como individuo, lejano, en sus fantasmagóricas Baleares, al borde del numeroso sendero mediterráneo, entre el cielo y el mar, entre las civilizaciones clásicas y el mundo moderno, con el cordaje de su alma marina vibrando a todos los vientos del arte y la política, que también es, en esencia, un arte. Y, sobre todo, las flechas de su arco son puras, sin veneno ni hiel, sin sarcasmo, sin sátira, sin ironía, sin ninguna de estas fuertes especias personalistas que muchos paladares buscan con morbosa delectación y dan la medida—lamentable vara de medir—del punto en que se estima o teme a un hombre público. Alomar es siempre grave, objetivo, religioso como sus propios ideales. Tal vez mira a Madrid con ojos de humorista, contrastando lo que aquí se quiere ser con lo que se es; pero nunca nos delata su prosa este sentimiento de los contrarios; su bondad excluye todo pretexto de risa, acaso dominado por el dolor histórico de ser español.

Hablando del hombre, he dejado de hablar del libro. ¿Pero de qué sirve un libro sino para conocer al hombre que lo escribe, su visión del mundo y de la vida? ¿Qué es el *Quijote* sino una autobiografía recóndita de Cervantes? Todo buen libro es, por mucho que quiera ocultarlo, y acaso más cuanto más lo oculte, autobiográfico. Cuando en un libro no se sienta palpar la sangre y el alma y el nervio de su creador, no vale la pena de pasar de la primera página. Busquemos el libro que habla como un hombre, no como otros libros. Y cuando lo encontremos, como en *La Política Idealista*, fatalmente acabaremos hablando con preferencia del hombre que lo escribió más que de su libro. Esto es siempre un placer, y, algunas veces, una justicia.

LUIS ARAQUISTAIN

(La Voz, Madrid).

